IV

Celso Valdespino

Aunque parece, dijo descaradamente el padre Bernal, que ha habido su desgracia en el pueblo.

— En el pueblo precisamente no, contestó el cura, procurando dar un aire de perfecta indiferencia á sus palabras: en el camino, á cosa de cuatro ó cinco leguas.

— Dicen que está herida la muchacha, esa hija de don Plácido.

— No: don Plácido ha sido encontrado en el camino gravemente herido.

— ¿Y la muchacha?

— Nada se sabe de ella: desapareció, y no hay noticia del paradero que haya tenido.

—¿Pero qué, no hay ningunos pormenores acerca del acontecimiento? ¿nada dice el herido? ¿á los criados no les han interrogado?

—El herido está en un estado tal de postración, que no ha podido hablar una sola palabra: en cuanto á los criados, huyeron al primer tiro, y nada pueden decir.

—Es extraño: ¿y ni aun acerca de la causa de la desgracia se dice algo? Tal vez haya sido una tentativa de robo.

—No es probable: tiempo tuvieron los perpetradores del crimen para haberse llevado cuanto hubieran querido, y ni aun la mula que montaba don Plácido se perdió.

—Entonces tal vez algunos trapicheos de la muchachilla: dicen que es bonita; yo apenas la conozco.

El cura sintió que la sangre le subía al rostro: aquel rasgo de impudencia le indignaba.

—Alejandra era la futura de Jorge, nuestro hijo adoptivo, y yo estoy seguro de que no tenía amores con nadie; el interés del muchacho me hacía vigilarla cuidadosamente.

—¡Ah! dijo el padre Bernal contrariado.

—En el pueblo se hacen mil comentarios, que no son de lo más favorables á personas que por su carácter debieran ser el modelo de la virtud...

—En los pueblos pequeños siempre hay calumnias y chismes que los hombres de juicio y de educación y pensadores desprecian.

—Pero es que hay rumores que tienen tal gravedad...

—Señor cura, señor cura, dijo Bernal con afectada calma, la calumnia no se detiene ni en las mismas gradas del altar... Y á propósito, agregó ligeramente y con objeto de variar la conversación, estoy convidado de hoy en ocho á cantar una misa en un pueblo de indios, cerca de Texca, y quería que usted me permitiera ir, porque aunque aquí no soy verdaderamente vicario de la parroquia, sin embargo, el respeto que debo á usted...

Si el cura hubiera dudado de la participación de Bernal en los atentados de la mañana, la turbación de éste le habría convencido.

—Mire usted, padre, le dijo, en el mundo, sobre todo para nosotros los que somos pastores de los pueblos, no basta sólo ser buenos, es preciso también parecerlo.

—¿Y á qué viene eso?

—Ya lo verá usted; el pueblo ha comenzado á murmurar, y hay quién se atreve á suponer á usted, ¡Dios me libre de creerlo! autor del rapto de Alejandra.

—¿Y quién se atrevería á suponer tal cosa? contestó el padre Bernal, poniéndose densamente pálido.

—¿Quién? muchos, padre, muchos, y cualquiera que en este momento viera á usted tan pálido y descompuesto como si estuviera ante un tribunal.

—¡Pero eso es infame! Y si yo me inmuto, es porque

hay quién se atreva á lanzar esa mancha al rostro de un sacerdote, de un ministro del Señor.

—Es, continuó lenta y gravemente el cura, que también niegan que esté usted investido de tan sagrado carácter.

—¡Oh, eso es horrible! ¿Y ustedes no lo han desmentido? Cuando yo les he mostrado mis licencias, cuando por su mano han llegado cartas de México dirigidas á mí...

—Esas licencias y esas cartas son para el padre Bernal, y usted es...

—¿Quién? dijo Bernal con los ojos inyectados de sangre, y apretando con violencia los puños.

—Don Celso Valdespino.

Bernal lanzó un grito salvaje, un rugido de tigre; su boca se llenó de espuma; volvió rápidamente la vista por todo el curato para ver si estaban solos, y entonces, con voz ronca y entrecortada, dijo al cura:

—Tú sabes mis secretos, bueno; pero yo te cortaré la lengua, yo te impediré que lo digas. Ya verás, ya verás.

Y sacó de debajo de su chaleco una daga, é hizo un impulso como para precipitarse sobre el cura, que, pálido pero sereno, le miraba sin perder uno solo de sus movimientos.

—¡Encomiéndate á Dios, miserable, porque te voy á hacer callar para siempre!

—¡Oh no! dijo una voz tranquila detrás del cura.

Bernal alzó la cara buscando á aquel nuevo enemigo, y el fornido don Roque se asomó en la puerta apuntando al padre Bernal con un fusil.

—¡Yo, yo soy el que voy á matarte, tigre malvado, asesino, raptor, falso sacerdote! ¡yo! Pero cuidado, no te muevas, porque te despacho: á ver, llama ahora á tu tío Lalo, á tu herrero. ¡Infame! ¡de rodillas!...

—¡Roque, Roque, en nombre del cielo, no tires, te lo suplico, te lo mando!

—Pero señor cura...

—¡Te lo mando! ¡Salga usted de aquí, don Celso, y póngase en marcha para México inmediatamente, si no quiere ser víctima de la indignación pública!

Bernal, ó más bien don Celso, no replicó: guardó la daga, y salió lanzando feroces miradas al cura y á don Roque.

Montó en su mula, que estaba en la puerta del curato, y desapareció.

—¡Ah, señor cura! La excesiva bondad de usted nos ha de perder: le hubiera yo despachado al otro...

—Nadie tiene derecho de quitar la vida á sus semejantes, contestó el cura, entrando al aposento del herido.

La «Guacha» se arrojó verdaderamente sobre sus manos, y las cubrió de besos, regándolas con su llanto.

—¿Sí? dijo Roque meditando un momento;—¿sí?... pues lo que es así no se queda... ahora veremos.

Y echándose el fusil al hombro, salió ligeramente del curato.

V

La persecución

ALEJANDRA se vió rodeada por hombres: vió á don Plácido moribundo y cubierto de sangre, y se creyó presa de una horrible pesadilla.

Quiso gritar y le faltó la voz; quiso resistir y le faltó la fuerza.

Uno de aquellos hombres tomó el ronzal de la mula, y comenzó á caminar en la misma dirección que debían llevar los viajeros, y otro por detrás arreaba al animal para hacerle trotar.

Los demás permanecieron en el lugar del atentado.

Alejandra caminó así como una hora, conducida por aquellos dos hombres, mudos y sombríos.

Entonces se incorporaron los que habían quedado atrás, y uno de ellos dijo secamente á los otros: